

FOTOCOPIADORA
C.E.Psi

(31) ADULTOS

Folio 202 S/F 1
D/F 3

Heteridad

UL

Bernard Nominé
Francia

¿Hay que temerles a las neurociencias?

2

2001, La odisea lacaniana

FOTOCOPIAS DIAGONAL

Carpeta *Adultos*

Folio Nº 202

D/F 3 S/F 1

A partir de los años sesenta del siglo pasado, las neurociencias tomaron un vuelo considerable. En ese entonces, se descubrían los secretos de la transmisión del influjo nervioso al nivel de la articulación entre las diferentes neuronas. El descubrimiento de la hendidura sináptica y de sus receptores permitía aislar los neurotransmisores que son la noradrenalina, la serotonina y la dopamina. A partir de ahí se pudo pensar en intervenir sobre la transmisión del influjo para favorecerlo o bloquearlo, actuando sobre la concentración del neurotransmisor en la hendidura sináptica. Fue entonces cuando se pudo comprender el efecto de los neurolépticos que se administraban desde los años cincuenta sin haber entendido exactamente su acción. Las investigaciones sobre la hendidura sináptica han permitido además poner en evidencia todos los sistemas de regulación a este nivel y entender muchos fenómenos de adaptación del sistema nervioso.

La neuro-farmacología se ha beneficiado muchísimo con todos estos descubrimientos y nos ha puesto a esperar el advenimiento de una nueva terapéutica medicamentosa, por fin razonada y bien orientada. Íbamos a poder vencer el fenómeno delirante, la disociación esquizofrénica, y el diagnóstico de la psicosis iba a acabar de ser un veredicto sin recurso. Nadie, fuera incluso psicoanalista, pensará, creo yo, en rechazar esta

evolución. Dicho esto, reconocemos que las esperanzas fundadas en esta neuro-farmacología están lejos de haber sido realizadas y que hacen todavía parte un poco del campo de la ciencia-ficción.

En aquella época del desarrollo de la neurociencias, en los años setenta, en Francia, el mundo de la psiquiatría estaba dividido grosso modo en tres partes. Por una parte los que permanecían fieles a la tradición neuro-psiquiátrica y tenían todas sus esperanzas puestas en el advenimiento de las neurociencias — a decir verdad, era el medio que yo frecuentaba en esa época, y no éramos numerosos. Luego estaban los que le apostaban a la distancia entre neurología y psiquiatría y estos se repartían en dos grupos: los fervientes defensores del psicoanálisis y los adeptos de la anti-psiquiatría. En consecuencia, los adeptos del psicoanálisis creían tener el deber de odiar toda referencia a las neuro-ciencias. El sectarismo era más notable en su grupo porque del lado de las neuro-ciencias, la psico-patología freudiana conservaba su estatuto de referencia, de modelo, de hipótesis de trabajo. Reconozcamos que hoy la existencia del inconsciente no está cuestionada en absoluto por las neuro-ciencias. Recientemente, una publicación francesa de vulgarización científica anunciaba en grandes caracteres que la prueba científica del inconsciente freudiano por fin había sido demostrada.

Para nuestra generación, es comprensible la contingencia histórica de esta desconfianza del psicoanálisis frente a las neurociencias, pero debemos recordar que contrasta con la posición de Freud. Lacan lo subraya al final de sus *Escritos* en su texto "La ciencia y la verdad" cuando escribe: "Decimos, al contrario de lo que se teje a propósito de una dizque ruptura

de Freud con el cientismo de su época, decimos pues que es el cientismo mismo [...] que ha conducido a Freud [...] a abrir el camino que lleva para siempre su nombre. Decimos que ese camino no se separó nunca de los ideales de ese cientismo, [...] y que la marca que lleva no es contingente, sino que le es esencial. Y (decimos que) es gracias a esa marca que conserva su crédito [...]". Para abordar este problema, el de las relaciones entre el psicoanálisis y las neurociencias, tenemos que releer los textos de Freud en los cuales hace referencia a su relación con la ciencia.

"Esbozo de una psicología científica": en este escrito, Freud toma su punto de partida en los datos de la neurología de su época, pero imagina un modelo de aparato psíquico que anticipa de manera sorprendente los que la neurología descubrirá más de medio siglo después a propósito de la transmisión sináptica, y más precisamente a propósito de esos circuitos de facilitación que Freud llamaba frayages. Sabemos la importancia que volvió a dar Lacan a este *Esbozo* que los alumnos de Freud tenían tendencia a renegar, considerándolo como un pecado de juventud del maestro todavía infeudado a la ciencia médica.

¿Será verdad que Freud renunció a su proyecto de la neurología para escoger el camino, no de la psicología sino de lo que llamó la *metapsicología*? No lo creo, su comportamiento intelectual conserva esta *marca esencial* de la cual nos hablaba Lacan en "La ciencia y la verdad".

1. Lacan J., "La science et la vérité" (*La ciencia y la verdad*), *Écrits*, Paris, Seuil, 1966, p. 857.

En “Más allá del principio de placer”, encontramos un nuevo desarrollo del “Esbozo...”. Freud nos propone el modelo del individuo como una *bola protoplásmica* rodeada de una barrera constituida por el sistema nervioso. Este esquema de Freud, el de la bola protoplásmica, es conforme con los descubrimientos de la embriología que datan de finales del siglo XIX y que hacen derivar el sistema nervioso central del folleto externo del embrión: el ectodermo. Freud ve allí el origen de la vocación de ese sistema que regula las relaciones del individuo, según las excitaciones del mundo exterior. Parte de este sistema queda en la periferia del organismo humano como sistema de percepción, mientras el resto del sistema se adentra en el corazón del organismo para constituir la médula y el tronco cerebral. En cuanto al neocortex, queda en la periferia debajo de la bóveda craneana y sabemos hoy, gracias a los progresos de la imagen cerebral, que es el lugar de representación de las áreas motrices y de las áreas sensitivas del conjunto del cuerpo. El esquema freudiano de la bola protoplásmica rodeada de este sistema nervioso que la protege de las excitaciones exteriores y modula las excitaciones venidas del interior, permanece entonces muy pertinente.

El esquema del *sistema percepción-conciencia* expuesto en la *Ciencia de los sueños* proponía ya la hipótesis de un sistema conectado en paralelo a esta suerte de arco reflejo que sale de la extremidad perceptiva para conducir hasta la respuesta motriz. Los trabajos de los neuro-anatomistas han puesto en evidencia la existencia de esos circuitos, esos famosos sistemas U imaginados por Freud, en el sistema límbico, o sea, la sustancia reticulada. Estos circuitos modulan la señal percibida, la refuerzan, la inhiben, añadiéndole una tonalidad afectiva según esquemas ya memorizados por el aprendizaje, por el

sistema de castigo-recompensa y otros sistemas, y todo eso se efectúa antes de permitir el acceso del estímulo a la conciencia cortical.

Freud deseaba profundamente estos progresos de las neurociencias porque le permitirían avanzar en su conceptualización. “Las insuficiencias de nuestra descripción desaparecerían sin duda si pudiéramos poner ya a obrar, en el lugar de los términos psicológicos, los términos fisiológicos o químicos.[...] La biología es verdaderamente un campo con posibilidades ilimitadas: debemos esperar recibir de ellas las luces más sorprendentes y no podemos adivinar qué respuestas nos dará, dentro de varias decenas de años, a las preguntas que le hacemos.”²

Creo importante tomar en consideración lo que Freud esperaba de la ciencia, y precisar que comprendía perfectamente que ésta no se sustituye a la religión. En efecto, cierto cientismo podría tomar el relevo de la religión para difuminar la cuestión de la verdad como causa inalcanzable. “Hay que ser paciente — escribe Freud — esperar que se presenten otros medios y otras oportunidades de investigación. También hay que ser dispuesto a salir de un camino que se ha seguido durante cierto tiempo, cuando ese camino no conduce a nada bueno. *Sólo esos creyentes, que piden que la ciencia les remplace el catecismo que abandonaron, tendrán algo contra el investigador porque éste prolonga o incluso cambia sus puntos de vista*”³.

2. Freud S., “Au delà du principe de plaisir” (Más allá del principio de placer), *Essais de psychanalyse*, Paris, Prismes, Payot, 1987, p. 109-110. (retraducido a partir del texto francés).

3. *Ibid.*, p. 114-115.

Si Freud puede denunciar esos creyentes que piden que la ciencia les remplace el catecismo que abandonaron, es exactamente porque él no concibe que la ciencia pueda venir a colmar la falta en el saber. El camino científico de Freud, como sujeto dividido, no se inscribe en un verdadero deseo de saber, pero tampoco lo excluye.

Eso, a lo que la ciencia neurológica de su época no le pudo permitir acceder, él va a intentar eliminarlo gracias a la intervención de su metapsicología. El término mismo indica el programa: se trata de tomar una posición diametralmente opuesta a la de la metafísica, que se invoca irremediamente cuando la física ya no puede dar respuesta. Entre ciencia y religión, entre ciencia y metafísica, Freud escoge la vía de su metapsicología.

Lacan hace una lectura de esta postura, que nos permite entender cómo el invento de la pulsión viene a reemplazar la noción del influjo nervioso, como la lógica de la gramática viene a sustituir la lógica del equilibrio energético. Este intento de rigor metapsicológico freudiano establece los fundamentos de trabajo de la lengua en los procesos psicológicos.

Este trabajo con la lengua no se debe localizar en los antípodos de las preocupaciones de las neurociencias. No hay por un lado el lenguaje y por el otro la materia cerebral. Las lenguas humanas son función de la actividad cerebral. La complejidad de su estructura supone la complejidad del soporte cerebral que las analiza y las articula. Los investigadores en neurociencias se interesan en la relación sutil entre el lenguaje y el pensamiento. El pensamiento se comunica por medio del lenguaje, que a su turno enriquece a éste por sus

efectos de creación y por la información que transporta entre los individuos. Sin embargo, puede haber, en ciertas circunstancias precisas, conservación de un pensamiento en ausencia de lenguaje. Es lo que sostiene un eminente neurólogo, el Profesor Jean Cambier, cuya carrera de neurólogo clínico evolucionó con los descubrimientos sobre la imagen cerebral y la neuropsicología. En una entrevista dada a una revista de psiquiatría, dice: "Los dispositivos, sobre los cuales se fundan los conceptos, existen antes del lenguaje. [Y nos da ejemplos sacados de la patología: testimonios de afásicos por ejemplo [...]]. Los conceptos organizan su propia sintaxis para constituir una prehistoria del lenguaje. Es probable que las disposiciones a la sintaxis, que caracterizan el lenguaje articulado, estén inscritas en el cerebro. La formalización del pensamiento en el lenguaje engendra obligaciones a las cuales escapan las matemáticas". Lo que subraya el Profesor Cambier va en el mismo sentido que el famoso testimonio de Albert Einstein cuando escribía: "Las palabras y el lenguaje, escritos o hablados, no parecen tener el menor papel en el mecanismo de mi pensamiento." De esta disociación posible entre pensamiento y lenguaje, algunos saben muy bien sacar partido para, como lo dice muy bien el Profesor Cambier, "escapar del imperialismo de la lengua"⁴.

Pensé que era importante hacer referencia, al menos brevemente, a estos trabajos de un investigador en neurociencias, para informar a aquellos que no lo sabrían, que nosotros, los psicoanalistas, no somos los únicos en el mundo en

4. Cambier Jean, Entrevista dada a la revista *Synapse*, n° 157, junio de 1999.

cuestionarnos seriamente a propósito de la relación del sujeto hablante con la lengua.

Las neurociencias no pueden progresar sin interdisciplinaridad. Ahora bien, me pregunto qué lugar aceptamos ocupar en estas conexiones interdisciplinarias. Seguir haciéndoles mala cara a estas disciplinas conexas no es ciertamente la mejor actitud. No era la posición de Freud ni la de Lacan, que se preocuparon siempre por participar de las elaboraciones del saber de su época.

Desinteresarse de la neurociencias lleva a dejar la mejor parte a los que se la apropian de manera muy aproximada para enriquecer su arsenal terapéutico. Ese es el caso de esta nueva raza de cognitivistas que son, de repente, nuestros verdaderos adversarios. Por ejemplo, esos terapeutas bio-comportamentales californianos dispuestos a utilizar las técnicas de la imagen cerebral para condicionar a los pacientes que sufren de los famosos T.O.C. Se le sugiere al paciente que su sufrimiento no es más que el síntoma de una enfermedad cerebral, y se le va a mostrar. En el momento en que sufre de su propensión compulsiva, se lo conecta con un material que le permite visualizar la actividad de su cortex fronto-orbital, que estaría en ebullición en el momento de los pensamientos compulsivos. Se le sugieren entonces diferentes estratagemas para eliminar sus pensamientos compulsivos, se le pide pensar en otra cosa y para recompensarlo, se le muestra la normalización de la actividad de su cortex fronto-orbital. "El momento clave del proceso es cuando el paciente descubre como una revelación — dice el artículo — que le es posible gracias a un acto voluntario, libre en su esencia, modificar el compor-

tamiento de su cerebro⁵". Aquí tenemos una nueva versión del *cogito* Cartesiano: "Puedo modificar la actividad de mi cerebro, luego existo." El esquema terapéutico prevé, claro está, un *auto-monitoring* psico-cerebral en pantalla. Podemos imaginar la publicidad: "El kit completo de la máquina, con captores y pantalla de control, está disponible en tres versiones presentadas en nuestro catálogo: *estándar, económico* (para colectividades), y *elegante*; se puede pagar con carta de crédito y se entrega en un lapso de ocho días; consulten nuestro sitio web: <http://www.toctoc@libertynet.com/>".

No son las neurociencias las que hay que incriminar en este ejemplo, sino su utilización que imaginamos particularmente adaptada a la sociedad americana.

Podemos hacer la misma constatación al nivel de la industria farmacéutica. Hay que saludar las mejoras innegables aportadas a los tratamientos anti-psicóticos, que resultan de un mejor conocimiento de la neuromediación. Pero tenemos el deber también de decir que el argumento científico del modo de acción de un producto, es un argumento para el mercado propuesto a los que recetan.

Hoy el mercado de la depresión es un mercado en plena expansión. Debemos decir que no sabemos aun cuál es el neuromediador responsable del humor depresivo. Parece que dos sustancias están en causa: la serotonina y la noradrenalina. Lo que dio origen a dos líneas de terapias antidepresivas: las

5. D. Padoux D., "Les TOC vus par le British Journal of Psychiatry". (*Los TOC vistos por el B.J. of P. Psychiatrie française*, volumen XXXI, diciembre 2000, p. 115.

noradrenérgicas y la estroninérgicas. Las dos sustancias son activas sobre los mismos enfermos. Sabemos dónde se van a fijar estas drogas, en la hendidura sináptica, y se verifica una modificación del humor; pero todavía no podemos pretender haber entendido cuál mecanismo bioquímico interviene en la depresión. Sin embargo los laboratorios farmacéuticos saben muy bien que para el médico, es más fácil prescribir un psicotropo cuando comprende su mecanismo de acción. Entre todo el material ofrecido a la farmacoepia, a misma eficacia, los médicos se guían por el argumento científico para escoger. Entonces, para satisfacer la demanda de los facultativos, los laboratorios inventan mecanismos de acción para vender sus moléculas; y todo el mundo está satisfecho.

Otra vez: no incriminamos las neurociencias, sino el desvío de su uso para satisfacer la ley del mercado.

Hay una rama de la patología que ha sido, y es todavía, un verdadero campo de batalla entre psicoanalistas y adeptos del organicismo: es el autismo. Se han cometido tantos errores, se ha hecho tanto mal a nombre de esta querrela ideológica. En mi práctica, tuve durante bastante tiempo un paciente autista y tuve que soportar esta clínica durante tanto tiempo que busqué entender lo que era posible entender. Creo haber podido aislar un rasgo significativo, a saber la presencia invasora del objeto mirada en ese niño. Normalmente, la mirada se incorpora, se interioriza, lo que significa el advenimiento del trazo unario con el cual se va identificando el sujeto, a partir de esta significación mínima leída en la mirada del otro como en un espejo. Si no hay interiorización, el Otro se vuelve lugar de esa mirada real, ese ojo malo, perseguidor, que obliga al autista a apartar su propia mirada. Con este niño, toda la cura consis-

tió en encontrar un modo de borrar ese objeto intruso para conquistar un poco de huella subjetiva, un poco de representación significativa.

En relación con aquella experiencia que pude tener, no me sorprende, no me escandalizo en todo caso, cuando leo en una reciente revista de literatura que, gracias a la imagen cerebral, el Señor Schultz y sus colaboradores han podido objetivar que los autistas no analizan una cara como lo hacen los sujetos normales y por lo tanto, no tienen trastornos en la percepción de los objetos.

Parecería que el análisis de una cara pone en juego una actividad cerebral particular en el sujeto normal. El estudio muestra que la actividad cortical de un sujeto autista frente a una cara es idéntica a la que se observa frente a un objeto neutro. El resumen del artículo concluye: "Entonces, parece que los autistas tienen una disfunción cerebral en el reconocimiento de las caras, lo que explica por qué los autistas están disminuidos en su capacidad de establecer relaciones sociales y afectivas⁶."

Todo lo que podría decir sobre esta conclusión es, que a pesar que se presente como conclusión de este notable experimento. El hecho observado es justo y conforme a lo que se observa en la clínica. Pero apresurándose a concluir y buscando objetivar una causa, el Señor Schultz y sus colaboradores, en realidad, la esconden.

6. Schultz RT, Gauthier I, Klin A y otros, "Abnormal ventral temporal cortical activity during face discrimination among individuals with autism and asperger syndrome", Arch gen Psychiatry 200; 57; p. 331-340.

¿Es esto extraño? El trabajo científico no se interesa a lo que puede causar el sujeto. En cambio, nuestro trabajo consiste en eso mismo. Y Lacan nos lo recuerda: lo que causa el sujeto sí tiene relaciones con el saber científico que se elabora sobre el ser humano. Y es a partir de lo que escapó a la sujeción del saber neurológico de Charcot que se puso en evidencia el sujeto histérico que supo acoger Freud. El psicoanálisis admite que no existe un saber para responder a cada verdad, y por eso es el lugar donde se acoge al sujeto que nació de un discurso científico donde no encontraba respuesta.

La práctica del psicoanálisis es entonces totalmente solidaria de los efectos del discurso de la ciencia “donde se evidencia por primera vez el poder del significante como tal⁷.” “Lo que caracteriza el poder prodigioso del significante en el discurso de la ciencia, ese discurso hecho de pequeñas letras, consiste en que ése poder emana de un discurso que, por su estructura, no olvida nada⁸.” Por eso la ciencia no puede saber nada de la existencia del objeto *a*. El psicoanálisis, en cambio, le apuesta a la existencia de este objeto, sabiendo que no puede saber nada de él. Por eso, no vemos en qué tendría que rivalizar con el saber científico. Si se pensara que puede rivalizar con la ciencia, sería la prueba de que no ocupa su lugar propio.

“La verdad como causa, ¿van ustedes, psicoanalistas, a negarse a asumir su cuestionamiento, cuando en realidad es precisamente de allí que nació su carrera? Si existen facultativos

7. Lacan J. *Le Séminaire, Livre VII, L'Éthique de la psychanalyse*, (El Seminario, Libro VII, La ética del psicoanálisis) Paris, Seuil, 1986, p. 276.

8. *Ibid.*, p. 277.

para quienes la verdad como tal es supuesta actuar, ¿no son precisamente ustedes? No lo duden, en todo caso, es porque este punto está ocultado en la ciencia que ustedes conservan este puesto extrañamente reservado en lo que hace oficio de esperanza⁹...”

Río de Janeiro, abril 2001.

9 Lacan J., “La science et la vérité » (La ciencia y la verdad), *Écrits, op. Cit.*, p. 869.